EL TEATRO.

COLECCION
DE OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS.

LA CARTA.

COMEDIA EN TRES ACTOS Y EN PROSA.

Licenciado Vidriera, pseud.
Carrillejo José Luis

MADRID.
OFICINAS: PEZ, 40, 2.°
1869.

JUNTA DELEGADA
DEL
TESORO ARTÍSTICO

Libros depositados en la
Biblioteca Nacional

Procedencia
LT BORRAS

N.º de la procedencia
5504.

LA CARTA.

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones de Ultramar, ni en los países con quienes haya celebrados ó se celebren en adelante contratos internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traduccion.

Los comisionados de las Galerías Dramáticas y Líricas de los *Sres. Gullon é Hidalgo,* son los exclusivos encargados del cobro de los derechos de representacion y venta de ejemplares.

Queda hecho el depósito que marca la Ley.

LA CARTA.

COMEDIA EN TRES ACTOS Y EN PROSA,

ORIGINAL

DEL LICENCIADO VIDRIERA.

MADRID:

Librerías de Cuesta, Duran, Lopez, Escribano, Moya y Plaza.

BARCELONA:

Librería de D. Isidro Cerdá.

SEVILLA:

Librería de D. F. Alvarez y C.ª

PERSONAJES.

DOLORES.
DOÑA ROSA.
ENRIQUE.
DON SIMPLICIO.
DON COSME.

La accion tiene lugar en Cádiz, en la temporada de baños y en la época actual.

SEVILLA.

FRANCISCO ALVAREZ y C.ª, impresores de los Señores Duques de Montpensier.—Tetuan 24 moderno.

1869.

ACTO PRIMERO.

Sala lujosamente adornada á la moda.—Al frente, puerta de entrada general. Á la derecha, otras dos puertas: la primera cuarto de Don Simplicio; la segunda, de Dolores y D.ª Rosa. Á la izquierda, otras dos puertas: la primera cuarto de Enrique; la segunda con un rótulo encima que diga *Caja*.—Las indicaciones están tomadas del lado del espectador, y el órden de cuartos de la embocadura.

ESCENA PRIMERA.

ENRIQUE, con terno de verano, sombrero hongo y bolsa de viaje.

Al fin me veo en Cádiz, entregado á mí mismo, con algun dinero en el bolsillo, y en la misma casa que habita Dolores. ¡Oh amable niña, no sabes tú cuánto he tenido que luchar para hacer este viaje! Gracias á que el médico de casa es amigo, y convenció á mi padre, de que necesitaba los baños de mar para restablecer mi salud, quebrantada por los fuertes calores de Sevilla. ¿Cómo me recibirá mi tio? El pobre viejo, desde que supo mis simpatías para con la sota de bastos, está á matar conmigo. Y eso, que una carta mia asegurándole habia abandonado la aficion, le tranquilizó algun tanto. Primera mentira que le digo, pero excusable, si se tiene en cuenta, que me habia amenazado con desheredarme si persistia en tal vicio. ¿Y quién no miente, cuando de sus palabras penden más de cuatro millones? Pero ahí viene mi tio; preparémosle un recibimiento digno de su fortuna y de nuestro parentesco.

720712

ESCENA II.

ENRIQUE, y D. SIMPLICIO en trage de calle.

SIMPL. *(Distraido.)* ¿Por qué no me traerá D. Cosme las cuentas para repasarlas? Ese buen hombre, desde que se ha metido á escritor, ha perdido la cabeza.

ENRIQUE. *(Ap.)* No me ha visto. Será necesario que yo me presente. *(Alto y abrazándolo.)* ¡Querido tio de mi alma! ¡cuánto tiempo hacía que estaba privado de verle y abrazarle!

SIMPL. ¡Calle! ¡Enrique! Suelta, hombre, que me ahogas. *(Desviándolo.)*

ENRIQUE. Otro abrazo, querido tio; otro. *(Haciéndolo.)*

SIMPL. *(Separándolo con aire.)* Basta de manoseos. ¿Á qué debo verte en Cádiz, calavera? No será por nada bueno. Mi hermano me decia en su última carta, que este año no te veríamos por acá.

ENRIQUE. Así lo determinó á principios de verano; mas despues el médico dispuso lo contrario, en vista de mis padecimientos.

SIMPL. ¿Tus padecimientos? Pues si estás más colorado que un tomate.

ENRIQUE. No importa, tio; este color es un hipócrita; tengo ciertos padecimientos ocultos. En fin, no estoy bueno.

SIMPL. ¿Y vienes por mucho tiempo?

ENRIQUE. Nada más que por el necesario para restablecerme.

SIMPL. Quiera Dios que sea pronto.

ENRIQUE. ¡Cómo! tio, ¿tan poco cariño me tiene V., que no hace más que verme, y yá quiere que me vaya?

SIMPL. No es por eso, hombre; es por el deseo de verte bueno.

ENRIQUE. Gracias, tio. No esperaba yo ménos del que siempre me ha demostrado tanto cariño.

SIMPL. ¿Y podrémos saber, cuáles son esos ocultos padecimientos que dices?

ENRIQUE. *(Ap.)* ¿Qué le digo? *(Alto.)* ¡Ay, querido tio! son unos dolores que tengo metidos aquí, en el corazon, que no me dejan vivir.

SIMPL. Hombre, pues habrá eso sido de pronto. Tu padre no me ha dicho nada.

ENRIQ. Porque yo se lo oculté hasta que no pude sufrir más. Pero dejemos mis enfermedades y venga otro abrazo. *(Lo hace.)*

SIMPL. *(Incómodo.)* ¿Quieres dejarme, badulaque?

ENRIQUE. No se enfade V., tio, porque le demuestre mi cariño de una manera tan viva.

SIMPL. ¡Pero, hombre, si aprietas de un modo, que parece que me quieres ahogar!

ESCENA III.

DICHOS, y D. COSME de levita con manguitos y gorro.

COSME. Aquí tiene V. las cuentas, Sr. D. Simplicio. Pero ¿qué veo? ¡Enrique!

ENRIQUE. ¡Querido D. Cosme! ¿Cómo vá de salud? ¿Cómo estamos de escribanía?

SIMPL. Vaya, dejo á ustedes dos charlando miéntras yo repaso estos papeles. D. Cosme, en mi cuarto espero á V.: Enrique, hasta luégo. Yá sabes cuál es tu cuarto; procura que no se alteren las costumbres de la casa con tu venida, si quieres tenerme contento.

ENRIQUE. Descuide V., tio. *(Váse D. Simplicio.)*

ESCENA IV.

ENRIQUE y D. COSME.

ENRIQUE. Vaya, Sr. D. Cosme; ¿ha adelantado V. mucho en sus investigaciones, sobre el orígen y significacion de las palabras?

COSME. Justamente tengo entre manos un librito en que sólo me ocupo de eso. Pero ¿cómo has venido á Cádiz? Tu tio me habia dicho que este verano no te veríamos por aquí.

ENRIQUE. Así hubiera sucedido, si mi salud y el deseo de ver á un tio que tanto quiero, no me hubieran impulsado á hacer el viaje.

COSME. ¿Y nada más, picaronazo? Vamos, que no habrá influido poco en tu venida, lo aburrido que estarias en Sevilla en esta época calurosa, sin teatro, sin paseo, y sin otras cosillas propias de tu edad. ¿Me equivoco?

ENRIQUE. No por cierto, amigo D. Cosme; otra causa me trae aquí, distinta de esas. Á V., que me quiere como si fuera mi padre, bien puedo confiarle mi secreto.

COSME. Ya se vé que sí. ¿Quién podrá quererte más que yo, que te tuve en mis brazos cuando te bautizaron? Aún no habias tú nacido, cuando yo entré en tu casa de escribiente. Poco á poco fuí ascendiendo, y á la proteccion de tu padre, debo el lugar que hoy ocupo en casa de tu tio. Yo fuí el que te enseñó á leer, á escribir, la partida doble, el cálculo diferencial, en fin, cuanto era necesario, para que un dia hubieras sucedido á tu padre dignamente en el comercio, si su quiebra no le hubiera arruinado. Entónces tuve que dejar tu casa, harto á mi pesar, y venir-

me con tu tio que me ofrecia la plaza de cajero. Pero dejemos los recuerdos de lo pasado, y ocupémonos sólo del presente. ¿Cuál es la oculta causa que te ha traido á Cádiz?

ENRIQUE. ¡Ay D. Cosme! ¿qué otra cosa quiere V. que sea, más que el amor?

COSME. ¿El amor? Dios te tenga de su mano. Ese niño cieguezuelo ha trastornado más de una cabeza mejor organizada que la tuya. ¿Y podrémos saber cuál es el objeto de ese amor, picaruelo?

ENRIQUE. Debe conocerla V., D. Cosme.

COSME. ¿Yo? Bien sabes que no visito más casa que la de mi despacho, y en él no hay más muchacha que la Caja.

ENRIQUE. Pues á pesar de eso la conoce V.; porque es la vecinita del segundo piso.

COSME. ¿Quién, la hija de D.ª Rosa?

ENRIQUE. La misma. ¿Le parece á V. mal?

COSME. ¡Cielos santos! ¿qué escucho? ¿y ella te corresponde?

ENRIQUE. Pues es claro. ¿Pero á qué viene ese asombro, amigo mio?

COSME. ¿Cuándo conocistes á esa muchacha?

ENRIQUE. El verano anterior, cuando vine á pasar la presente temporada con mi tio. Desde entónces nos amamos, y hemos mantenido una activa correspondencia durante mi estada en Sevilla.

COSME. ¿Y nada te ha dicho ella de extraordinario, en sus últimas cartas?

ENRIQUE. Sólo que su madre le daba muchos disgustos, pero sin explicarme la causa.

COSME. ¡Ay, Enrique! ¡Tú no sabes lo que te aguarda! ¡Es necesario que renuncies á ese amor!

ENRIQUE. D. Cosme, ¿está V. en su juicio? Pues qué ¿el amor es alguna letra de cambio, que puede endosarse cuando se quiere?

COSME. ¿Y si razones poderosas se opusieran á ese amor? ¿y si tuvieras un rival temible?

ENRIQUE. Le mataria. ¿Cree V. que yo estoy de humor de cederle el campo al primero que llegue, sabiendo lo que me ama Dolores?

COSME. ¡Desgraciado! ¿Y si ese rival fuera tu mismo tio?

ENRIQUE. Cometeria un tiicidio.

COSME. ¡Hermosa palabra! Voy á definirla.

ENRIQUE. Nó, nó; ántes dígame V. si es verdad lo que acabo de oir.

COSME. Sí, hijo mío, sí. Tu tio quiere contraer matrimonio, apesar de su avanzada edad.

ENRIQUE. ¿Pero qué le ha picado á ese buen señor, para quererme soplar la novia?

COSME. Yo no sé si le ha picado algo, Enrique; lo que te puedo asegurar es que se casa y pronto.

ENRIQUE. ¿Tan adelantada está la cosa?

COSME. Tanto, que yá viven madre é hija aquí mismo con tu tio. Pero no es eso lo peor.

ENRIQUE. ¿Pues qué más hay?

COSME. Tu tio está á punto de presentarse en quiebra, si ántes de mañana no reune fondos. Entre amueblar con todo lujo la casa, comprarle dijes á la novia y liquidar con sus corresponsales, se ha quedado sin un cuarto y mañana tiene que pagar una letra de cincuenta mil reales.

ENRIQUE. Pero mi tio es muy rico y tiene sobrados bienes y existencias en géneros para responder.

COSME. Es verdad; mas en el comercio no se tienen consideraciones.

ENRIQUE. Bien empleado le está. ¡Cuidado que se necesita valor para casarse á los setenta años, con una jóven linda, ardiente y de poco más de diez y ocho! D. Cosme, mi tio está loco.

COSME. Lo voy creyendo, al ver que por casarse abandona el comercio, que por tantos años ha seguido bajo la razon social de *Simplicio Aznal y Compañía.*

ENRIQUE. Es necesario que V. me ayude á desbaratar esa boda.

COSME. ¡Muchacho! ¿quieres que le haga traicion á un hombre á quien hace tantos años le como el pan? Imposible.

ENRIQUE. ¿Y preferirá V. hacer desgraciado por toda su vida á aquel á quien tanto quiere?

COSME. Pero, hombre, ¿tienes más que renunciar á tu amor? Suponte que es un género de ilícito comercio, y que te lo decomisan. Además, ¡hay tantas mujeres en el mundo!

ENRIQUE. ¡Es verdad; pero son muy escasos los tios viejos, solteros y con cuatro millones que dejar á sus sobrinos. ¿No comprende V., D. Cosme, que si mi tio se casa y por un milagro tiene sucesion, lo pierdo todo?

COSME. Es verdad. Y luego, eso de abandonar el comercio seguido por tantos años bajo la razon social de....

ENRIQUE. Déjese V. de eso y contésteme categóricamente. ¿Me dejará V. hundirme en la desgracia, pudiendo tenderme una mano protectora?

COSME. Nó, querido Enrique, nó. ¿Pero de qué medios me he de valer para ayudarte?

ENRIQUE. Yá los encontrarémos. Vámonos á mi cuarto, y allí hablarémos del asunto con más libertad.

COSME. El caso es, que me está esperando tu tio; pero no importa, tu felicidad es para mí un negocio preferente. Vamos. *(Se van.)*

ESCENA V.

D. SIMPLICIO.

(Paseándose.) ¿A dónde irá D. Cosme con mi sobrino, sabiendo que lo necesito? Cuando ese calavera viene á mi casa, todo lo trastorna. ¡Vaya unas cuentas que me ha presentado D. Cosme! No tengo un cuarto, y mañana debo pagar una letra no despreciable. ¡Y que el tenedor de ella es apropósito para el caso! Fuerte cosa es, verse amenazado de una quiebra por tristes cincuenta mil reales, teniendo un caudal como el mio. A mejor tiempo no podia haber llegado mi sobrino. No sé por qué no me huele bien su venida. Hasta sus padecimientos me escaman. Esos dolores en el corazon me dán mala espina; tienen un no sé qué de indirecta. Él conoce á Dolorcita y.... Pero, señor, ¿quién me ha metido á mí en este lance, cuando toda mi vida he odiado el matrimonio? Ni lo sé. Las gracias de la chica por un lado; las sugestiones de su madre por otro: en fin, que sería mi sino morir casado.

ESCENA VI.

DICHO, y D.ª ROSA en traje de casa.

ROSA. Hola, Sr. D. Simplicio. Gracias á Dios que le vémos. ¿Dónde estuvo á la hora del almuerzo, que no pareció á la mesa?

SIMPL. Ocupado en mis negocios, D.ª Rosa. V. sabe que pienso retirarme del comercio, y esto no se consigue sin quebraderos de cabeza. ¿Y Dolorcita, está hoy más alegre que ayer?

ROSA. Se ha empeñado V. en que mi hija estaba ayer triste. ¡Como si una muchacha que vá á casarse pudiera estarlo!

SIMPL. Eso estaria bien que V. lo dijera, si el novio lo hubiera escogido ella.

ROSA. Es lo mismo, Sr. D. Simplicio. Le he escogido yo, y mi hija está acostumbrada á no ver más que por mis ojos.

SIMPL. Lo cual significa que si su hija llega á casarse conmigo, sólo será por las amonestaciones de V., no

por otra cosa. Desde que el asunto se vá formalizando, diga V. lo que diga, siempre está triste, y áun algunas veces juraria que ha llorado.

ROSA. Aprensiones, Sr. D. Simplicio. Mi hija está educada por mí, y no la creo capaz de llorar porque vaya á casarse con un señor tan bueno como V. y de tan decente fortuna.

SIMPL. ¿Y qué significan, á los ojos de una niña, una honradez á toda prueba y unos cuantos millones, si el que los posee tiene tantos años como talegas?

ROSA. Vamos, amigo mio, V. ve visiones. Un hombre maduro es lo que conviene á una muchacha inexperta. Además, ¿qué le vá faltar á mi hija, casándose con V.?

SIMPL. Yo no sé si le faltará algo, D.ª Rosa; lo que puedo asegurarle es que toda mi persona le está sobrando.

ROSA. Vuelta con la manía de que no lo quiere.

SIMPL. Y áun no tendria nada de particular que Dolores amase á otro.

ROSA. ¡Eso sí que nó! Mi hija es incapaz de amar á nadie sin mi licencia. ¡Tendria que ver!

SIMPL. Pues lo que es ahora se equivocó, pues tiene órden de amarme á mí y no lo he conseguido.

ROSA. ¿Si será V. de los que creen que el matrimonio debe hacerse por amor?

SIMPL. Nó, señora; pero me parece muy esencial para ser feliz en él.

ROSA. Pues cuando yo me casé con mi difunto marido, en verdad que no le podia ver, ántes bien me asustaba con aquellos bigotazos que tenía. Pero luégo que le fuí conociendo á fondo, le tomé tal cariño, que cuando se murió adoraba en él. ¡Si viera usted cuánto le echo hoy de ménos!

SIMPL. Lo creo; pero eso no quita el que yo desee que Dolores me tenga algun cariño. Así me probaria, al ménos, que no piensa en más hombre que en el que vá á ser su marido.

ROSA. Vamos, déjese V. de eso y no se muestre celoso, que es una de las cosas que más nos ofenden, cuando no damos causa para ello. Mi hija es mi hija, y sabrá cumplir con V. tan bien como yo lo hice con su padre.

SIMPL. Así lo espero, D.ª Rosa. Pero aquí nos estamos charlando, sin acordarnos que es la hora del baño. Vamos, dígale V. á Dolorcita que se arregle, y acompañaré á ustedes hasta allá.

ROSA. Voy corriendo; pero, por Dios, no esté V. tan huraño con la niña como anoche.

SIMPL. Pierda V. cuidado, y no tarden mucho, que el tiempo vuela. *(Váse D.ª Rosa.)*

ESCENA VII.

D. SIMPLICIO.

Por más que diga D.ª Rosa, su hija tiene alguna pasion oculta. Como que está en la edad crítica de los amores novelescos. Y luego, yo he observado en el tiempo que hace viven conmigo, que el cartero viene con mucha frecuencia, y rara vez las cartas que trae son para la madre. Aquí hay gato encerrado; pero yo lo echaré fuera. Tendria que ver que....

ESCENA VIII.

DICHO y D. COSME.

SIMPL. Hola, D. Cosme. ¿Le dejó á V. yá el tronera de mi sobrino?

COSME. Sí señor; hemos estado hablando de su padre y de...; pero ¿revisó V. las cuentas?

SIMPL. Sí señor; todo está bien; sólo me pone en cuidado esa dichosa letra que cumple mañana. En fin, qué se le ha de hacer; verémos de procurarnos fondos de aquí á entónces. Por lo demás, estoy muy contento de V. y espero que lo estará V. tambien de mí.

COSME. Pues se equivoca V., Sr. D. Simplicio. Es verdad que V. con sus buenos informes me ha proporcionado una ventajosa colocacion; pero no puedo ver con paciencia abandone V. sin causa una profesion tan honrosa, seguida por tantos años bajo la respetable razon social de *Simplicio Aznal y Compañía.*

SIMPL. Por lo mismo que hace tantos años que estoy trabajando, es yá hora de que descanse. Además, mi casamiento con Dolorcita no me ha de dejar mucho tiempo libre.

COSME. *(Ap.)* Aquí vá á ser ella. *(Alto.)* ¿Y por una mujer abandona V. el comercio? ¿Qué es una mujer, más que un género averiado, una maula que tendrá usted que anotar en todos los balances, con una considerable rebaja anual, por falta de salida?

SIMPL. Hombre, D. Cosme, no mire V. todas las cosas bajo el prisma comercial.

COSME. ¿Prisma dijo V.? ¡Qué hermosa palabra para definirla! Pero hablemos del matrimonio. ¿Qué vá á

ser de V. al cabo de tantos años de estar ocupado entre el escritorio, la aduana y los balances, cuando todo le falte y no tenga ni una miserable letra que girar?

SIMPL. No se apure V. por eso, D. Cosme; giraré contra mi mujer.

COSME. ¿Pero quiere V. decirme, qué prima le dan porque se case, ó qué tanto de comision, para que todo lo deje por la boda?

SIMPL. ¿Y todo se ha de hacer en el mundo por el interés? Mas áun cuando así fuera ¿qué me diria V. si mi futura me trajese un buen dote?

COSME. ¿Dote dijo V.? ¡Hermosa palabra! Yo le llevo la contraria á los jurisconsultos en su definicion. Dote no es lo que ellos dicen. Dote es la abreviacion de las dos palabras unidas *doyte* ó *te doy;* porque la mujer debe decirle á su marido *doyte eso*, al entregarle sus bienes.

SIMPL. D. Cosme, ¿quiere V. dejarse de definiciones y de llevarle la contraria á nadie? ¿Qué tiene que ver todo lo que V. ha ensartado con lo que estábamos hablando?

COSME. Como me dió V. á entender que su futura llevaba dote, me pareció oportuno ilustrarle sobre esa palabra.

SIMPL. Pues todo ese discurso ha sido perdido, porque Dolorcita no trae al matrimonio nada.

COSME. ¿Conque nada lleva su futura al casarse? Ay, señor D. Simplicio, no se case V.!

SIMPL. Hombre, ¿quiere V. dejarme en paz? ¿Qué tiene V. que ver con que yo me case ó nó?

COSME. Aunque no fuera más que por no tener suegra, no debia V. casarse.

SIMPL. Ese privilegio no le fué concedido más que á Adan, amigo mio.

COSME. Se equivoca V., Sr. D. Simplicio; á ser así, Adan no hubiera pecado.

SIMPL. Á lo ménos, los Libros Santos no nos dicen una palabra de la madre de Eva.

COSME. Porque Moisés no quiso aclarar este punto, á fin de que los hombres no se asustáran y siguieran poblando el mundo.

SIMPL. Será verdad, pero no lo creo.

COSME. ¿Que no lo cree V.? ¿Ha olvidado V. la serpiente, Sr. D. Simplicio?

SIMPL. Tiene V. razon, D. Cosme; no habia yo dado en tanto.

COSME. Sí señor, amigo mio; las suegras son la cabeza visi-

ble del diablo en la tierra; y así lo tengo anotado en el librito que estoy escribiendo. Pero aún hay otra razon poderosa, para que no se case. Sé de buena tinta, que Dolorcita ama á otro desesperadamente.

SIMPL. ¿Qué dice V., D. Cosme? ¿está V. cierto de lo que habla?

COSME. Así me lo han asegurado al ménos.

SIMPL. ¡Bien me temia yo eso! ¡Si era imposible que yo me equivocase! ¡Luego dirá D.ª Rosa!

ESCENA IX.

DICHOS, D.ª ROSA y DOLORES. Las dos en trage propio de baño.

ROSA. ¿El qué diré yo, Sr. D. Simplicio?

SIMPL. *(Ap. á Cosme.)* Disimule V. *(Alto.)* Nada, señora, que tema V. pueda repetirse. Apropósito; tengo el honor de presentarle á ustedes al Sr. D. Cosme Talon, mi cajero: hace tiempo que debiera haberlo hecho; mas los negocios no nos han dado lugar para ello.

COSME. *(Saludando grotescamente.)* ¡Señora...!

ROSA. Yo tengo un gran placer en conocer á este caballero, pues sé lo mucho que se ha interesado por esta casa.

COSME. *(Como ántes.)* ¡Señora...!

ROSA. ¿Y tú no dices nada, niña?

DOLORES. Que tambien veo con gusto á este señor, pues sé lo que le deben algunos indivíduos de la familia del Sr. D. Simplicio.

COSME. *(Ap.)* Sóplate esa. *(Alto y como ántes.)* ¡Señorita...!

SIMPL. Pero hombre, ¿no piensa V. salir de esa palabra?

COSME. *(Como ántes.)* ¡Sr. D. Simplicio...!

SIMPL. Dale, bola, con tanto saludo. *(Incómodo.)*

COSME. ¿Y qué quiere V. que diga? Yo ni sé hablar bien, ni cumplimentar á nadie, cuando estoy fuera del despacho ó de la Caja. Pero sin embargo; me atreveré á decir, que las palabras de esta señorita y las de su mamá, me han encantado; que pueden contar conmigo hasta la pared de enfrente, y que les deseo mil años de vida.

SIMPL. ¡Jesus! ¡Jesus! Más vale que V. se calle, amigo mio!

ROSA. ¿Y por qué? Los cumplimientos de este caballero me recuerdan los de mi difunto esposo. ¡Qué elegante era en todo!

DOLORES. Y que si lo que ha dicho no está arreglado á los usos del dia, se conoce que sale del corazon, y vale mucho más.

COSME. Muy bien dicho, señorita; muy bien dicho. Desde que la ví á V. simpatizó conmigo.

DOLORES. Gracias, Sr. D. Cosme. Yá hacía tiempo que yo le apreciaba, pues me habian hablado con mucho elogio de V.

SIMPL. Vaya, vaya; dejémonos de cumplimientos. Voy á tomar el sombrero y las acompañaré á ustedes al baño. *(Se dirige á la puerta de su cuarto y sin salir de la escena toma el sombrero.)*

COSME. *(Ap. á Dolores.)* Enrique ha venido, señorita.

DOLORES. *(Ap. á Cosme.)* ¡Dios mio! ¿será cierto?

COSME. *(Ap. á Dolores.)* Disimule V. *(Todo rápido.)*

SIMPL. Sr. D. Cosme, hoy comerá V. con nosotros. En la mesa es donde se conocen bien las personas, y donde mejor se estrechan las amistades.

COSME. Acepto el convite, con mil amores.

ROSA. Pues hasta más tarde, D. Cosme.

SIMP. Adios, amigo mio.

DOLORES. En la mesa tendré el gusto de volverle á ver.

COSME. *(Saludando á todos lados, como al principio.)* ¡Señora...! ¡Sr. D. Simplicio...! Señorita...! *(Vánse fondo.)*

ESCENA X.

D. COSME.

¡Vayan ustedes con Dios! ¡Cuidado si es insípida la presunta suegra de D. Simplicio! No así su hija, que es amable y guapa como un ángel. Enriquillo siempre ha tenido buen gusto. ¡Pero qué enfrascado está el bueno de su tio en la boda! No es mala la píldora que le he soltado con lo del novio. Ello es preciso desbaratar ese malhadado matrimonio á toda costa, para que esos muchachos no sean desgraciados.

ESCENA XI.

DICHO, y ENRIQUE con la bolsa de viaje.

ENRIQUE. ¿Le habló V. á mi tio?

COSME. Y no poco, Enrique.

ENRIQUE. ¿Y se ha conseguido algo?

COSME. He introducido en su pecho el aguijon de los celos, diciéndole que Dolores ama á otro.

ENRIQUE. Algo es, pero poco, D. Cosme.

COSME. Pues qué más querías, niño?

ENRIQUE. Que hubiera renunciado completamente á su proyecto de boda.

COSME. Para lograr eso, se necesitaba la persuasiva elocuencia de Ciceron ó Demóstenes, y áun así no serían tres dioses.

ENRIQUE. Pues verá V. qué pronto lo consigo yo sin ese requisito.

COSME. ¿Y cómo? Desearia saberlo.

ENRIQUE. ¿Cómo? Desafiando á mi tio y plantándole una bala en mitad del pecho.

COSME. ¡Ave María Purísima! Tendria que ver eso. ¡Derramar su propia sangre!

ENRIQUE. Le advierto á V., que la sangre de mi tio es suya y no mia.

COSME. ¿Pero dejará de ser el hermano de tu padre?

ENRIQUE. Por lo mismo no debia oponerse á mi felicidad. Y luégo, que es necesario desbaratar esa boda á todo trance.

COSME. Sí, pero por medios más suaves..

ENRIQUE. Pues entónces búsquelos V., D. Cosme.

COSME. El caso es que no se me ocurre nada radical. La única manera que yo encuentro de conseguir nuestro objeto es poner á tu tio en una situacion tal, que para salir de ella necesitase el auxilio de otro, y que ese otro fueras tú.

ENRIQUE. No es descabellado ese plan.

COSME. Si tú pudieras pagarle esa letra, quizás al ver que le salvabas de un protesto....

ENRIQUE. El caso es que sólo tengo cien reales en el bolsillo.

COSME. ¿Por qué no te explicas con él francamente? Si no te atreves de palabra, hazlo por escrito.

ENRIQUE. Deje V., D. Cosme, deje V. Se me figura que he dado con algo de lo que se desea.

COSME. Pero ¿qué es ello?

ENRIQUE. Ahora se lo explicaré. Espérese V. aquí. *(Entra en el despacho.)*

ESCENA XII.

D. COSME.

¿Qué intentará ese diablillo? No será nada bueno. ¡Pobre D. Simplicio! ¡Cuántas personas se conjuran contra tí, porque tienes un corazon blando y enamorado! Buen rato le espera con lo que está tramando su sobrino, por un lado, y la píldora que yo le solté ántes, por otro. Lo único que le faltaba para divertirse, era que no encontrára fondos para

pagar la letra. Pero bien se le emplea por dejar el comercio, que ha seguido por tantos años, bajo la respetable razon social de *Simplicio Aznal y Compañía.*

ESCENA XIII.

DICHO y ENRIQUE.

ENRIQUE. *(Con una carta, que le dá.)* Tome V., D. Cosme.

COSME. ¿Para quién es esta carta? *(Leyendo.)* Señorita doña Dolores.... *(Hablado.)* ¡Bonito papel me quieren hacer representar á mis años!

ENRIQUE. Páre V., D. Cosme. Aunque esta carta vá dirigida á Dolores, no es para ella.

COSME. No te entiendo, Enrique.

ENRIQUE. Ni es necesario. Procure V. que esta carta llegue á manos de mi tio y que la lea.

COSME. Por eso no ha de quedar. Pero ¿estás seguro de conseguir tu objeto con ella?

ENRIQUE. Si así no sucediere, siempre me resta apelar al desafío.

COSME. ¿Otra vez? Mira, Enrique; como no desistas de tan sanguinario proyecto, no cuentes conmigo para nada.

ENRIQUE. ¿Y si no nos queda otro recurso para evitar que mi tio se case?

COSME. Aun cuando así fuera, no debias pensar en ser feliz por medio de un crímen. Dáme palabra de ser razonable ó te retiro mi ayuda.

ENRIQUE. Se la doy á V., si me promete secundar todos mis planes, sean los que sean.

COSME. Te lo prometo.

ENRIQUE. Pues no hay más que hablar.

COSME. ¿Esta carta se la entrego á tu tio cuando vuelva del baño?

ENRIQUE. Nó; quiero hablarle ántes. Yo le daré á V. instrucciones cuando llegue el momento de obrar; pero cuidado con leer la carta.

COSME. ¡Dios me libre de leer lo que no se ha escrito para mí! Voy á dar una vuelta á la Caja y á la hora de comer nos verémos.

ENRIQUE. Vaya V. con Dios, D. Cosme. *(Váse Cosme.)*

ESCENA XIV.

ENRIQUE.

Yá está trazado el plan de campaña. *(Mira el reloj.)* Son las tres; hasta las cinco no se come en esta

casa. Vámonos á pasar este tiempo en el casino. Allí se juega á todas horas y fuerte. Me parece que estoy yá viendo la sota de bastos. Esa carta y Dolores, son mis dos pasiones favoritas, pero incompatibles. Dolores ódia el juego y hace mal, pues mi corazon sólo es de ella. Pero vamos al grano. Me dirijo al casino; entro; doy cinco ó seis golpes; gano un dineral; vuelvo; le hablo gordo al tio; no accede; le mando la carta; tampoco; le giro la letrita; ménos. Entónces, robo á Dolores; me embarco para la Habana, y agur, amigo. ¡Justamente el correo para América sale mañana! ¡Animo, Enrique; el porvenir es tuyo! *(Váse corriendo por el fondo.)*

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

La misma decoracion del acto primero.

ESCENA PRIMERA.

D.ª ROSA y DOLORES, en el trage anterior.

ROSA. ¡Vaya un bañito que me has dado, niña!

DOLORES. Le repito á V., mamá, que no puedo ver á ese hombre. Confieso que es honrado, amable, que tiene una gran fortuna; pero todas esas dotes no son suficientes para vencer mi repúgnancia á darle mi mano. Como amigo, le apreciaré siempre; como marido, no dudo llegaré á odiarle alguna vez.

ROSA. Pero, vamos á ver, muchacha; hablemos en razon. ¿Qué tiene D. Simplicio de horrible, para que no le puedas ver? Es verdad que puede ser tu abuelo; pero su misma edad le abona, pues con su maduro juicio, sabrá guiarte mejor por este mar proceloso que llaman sociedad. Y luego, no olvides sus riquezas.

DOLORES. Y qué, mamá; ¿se funda únicamente la felicidad del matrimonio en la madurez y riquezas del marido? ¿Y el amor, no es nada para V.?

ROSA. ¿El amor? ¡Vana palabra! Casi todos los matrimonios hechos por amor terminan mal.

DOLORES. Pues entónces, calcule V. cómo terminarán los que empiezan sin él.

ROSA. ¡Oiga doña razones! ¿Si creerá V. que me ha convencido? Pues nó, señora. Yo sé mejor que V. lo que le conviene, y no tendrá más remedio que casarse con ese buen señor.

DOLORES. ¡Pero, por Dios, mamá! Si mi corazon estuviera libre, no se me importaria nada unirme á un hombre que, tras de ser honrado, tiene la suficiente fortuna para rodear á V. de cuantas comodidades necesita á su edad, y que yo deseo proporcionarle; mas amo á Enrique Aznal hace un año, y no me parece justo dejarle por su tio.

ROSA. ¿Qué dices, muchacha? ¿Será posible que te hayas atrevido á disponer así de tu corazon, sin mi permiso?

DOLORES. Pues qué, mamá, ¿es una dueña de su corazon, por ventura? ¿puede nunca decírsele: ama ahora, nó luégo; quiere á éste y nó á aquél?

ROSA. Todas esas son palabras novelescas que nada significan. ¡Bien temia el Sr. D. Simplicio, que tú abrigabas alguna pasion! ¿Cómo te has atrevido á amar á otro, existiendo D. Simplicio?

DOLORES. Es que yo amaba á Enrique ántes de conocer á ese señor. ¿Cómo me habia yo de imaginar que quisiera casarse conmigo un hombre á quien ni siquiera conocia?

ROSA. ¿Y para qué sirve el talento? ¡Debias haberlo adivinado! Pero si tú no tienes juicio, aquí está tu madre. No permitiré que te hagas infeliz por tu propia mano. Te casarás con el Sr. D. Simplicio, quieras ó nó; algun dia me lo agradecerás.

DOLORES. ¡Antes que feliz, logrará V. con eso hacerme desgraciada para toda mi vida! *(Llorosa.)*

ROSA. ¿Cómo has de ser desgraciada, teniendo tu marido cuatro millones?

DOLORES. ¡Dále con el dinero! *(Id.)*

ROSA. ¿No te he de hablar de él, si con dinero se consigue todo en el mundo?

DOLORES. Todo, ménos la felicidad.

ROSA. En fin, terminemos esta cuestion; la cosa no tiene remedio. D. Simplicio tiene yá mi palabra, y no creo prudente volverse atrás.

DOLORES. ¡Pobre Enrique! ¿Creerá que yo le desprecio porque es pobre? ¡Qué buen juicio formará de mí!

ROSA. Si es por eso, no te dé cuidado, que yo le diré la verdad. Anda para dentro, que se vá acercando la hora de comer y aún estamos con el trage de baño. Sabes que tenemos convidados, y es necesario presentarnos convenientemente.

DOLORES. Ya sigo á V., mamá. ¡Pobre Enrique! *(Se ván al cuarto.)*

ESCENA II.

ENRIQUE.

(Entra apresurado y con el sombrero tirado atrás.) Fuí, ví y vencí. ¡Oh hechicera sota de bastos! ¡Tú me has proporcionado el medio de oponerme á la sinrazon de mi tio! ¡Yo te coronaria, si fuera posible que hubiera dos reyes en un mismo palo! ¿Quién se atreverá ahora conmigo, teniendo una fortuna de más de tres mil duros? Y cuidado que no están en billetes de banco, sino en oro nuevecito. ¡Pero qué modo de ganar! Cuando entré, yá estaba tallando el vizconde del Camaron, hombre riquísimo y jugador de pura raza. Al primer golpe, la sota de bastos estaba sobre la mesa. Al verla, no pude contenerme y arrojé á sus piés cuanto llevaba en los bolsillos. Gané. ¡No podia ser por ménos! Unos cuantos golpes seguidos, doblando, me pusieron en disposicion de jugar en firme. Los demás jugadores comprendieron que se trataba de un duelo á muerte, y abandonaron la partida, convirtiéndose en espectadores. Diez mil reales se atravesaban entónces de cada parte. Tiró el Vizconde y gané. Un murmullo de admiracion resonó en toda la sala. Yo estaba en mi elemento. Vuelta á jugar y vuelta á ganar. El banquero me miró de reojo. Treinta mil reales tenia bajo mis manos. El Vizconde volvió á tirar y salió la sota de bastos; entónces me detuve indeciso; él me miró y se sonrió con desprecio. Aquello me decidió. *Copo*, grité. Todos callaron á esta voz. La sala parecia un sepulcro. Sólo se oia la respiracion anhelante del banquero. Yo sudaba. Una: dos: tres: la sota, gritaron todos. El banquero tiró las cartas. Yo recogí todo aquel oro, y salí de la sala, cual triunfante gladiador que abandona el circo. ¡Oh, sota! Yo te colocaré en un cuadro, en mi alcoba, en mi despacho, en todas partes, á fin de recordar eternamente este dia. *(Paseándose, y en una vuelta hace que vé á Dolores.)* Pero ¿qué veo? Allí está Dolores; me ha visto; se dirije hácia aquí; ¡oh felicidad!

ESCENA III.

DICHO y DOLORES.

DOLORES. ¡Enrique! Al fin te veo. ¿Por qué no me has anunciado tu venida? ¿Cuál es la causa de ella?

ENRIQUE. Sólo verte, querida Dolores. Yá no me era posible estar más tiempo léjos de tí.

DOLORES. ¿Y sabes...?

ENRIQUE. Sí; todo lo sé. ¿Por qué no me lo has escrito, y hubiera volado ántes en tu auxílio?

DOLORES. ¿Y para qué escribir una cosa que tanto habia de disgustarte?

ENRIQUE. Para evitar con mi presencia una boda que ha de hacernos desgraciados.

DOLORES. ¿Piensas tú que yo he de consentir en dar mi mano á tu tio? ¡Nunca! Te amo demasiado, para poder ser de otro.

ENRIQUE. Te creo. Tus palabras son el eco de las que pronuncia mi corazon. ¿Quién podrá con nosotros, ahora que estamos unidos?

DOLORES. Unidos, podrémos resistir; pero no triunfar. ¡Triste es el porvenir que nos aguarda!

ENRIQUE. No temas; el corazon me dice, que la felicidad no está léjos de nosotros. Tengo medios suficientes para hacer desistir á mi tio de su empeño, y un poderoso auxílio en D. Cosme.

DOLORES. Aunque consiguiéramos que tu tio renunciára á mi mano, mi madre se opondria á nuestra union.

ENRIQUE. ¿Qué escucho? ¿Es posible que una madre tiranice de ese modo á su única hija?

DOLORES. No la culpes. Ella cree hacerme feliz, casándome con tu tio.

ENRIQUE. Pues qué ¿puedes tú ser dichosa léjos de mí? ¡Oh despotismo y obcecacion maternal! ¡Vosotros sois contrarios al derecho de gentes, á la libertad individual tan decantada hoy, y que, por lo visto, es una mentira! ¡El derecho de asilo, concedido sólo á los criminales, deberia extenderse á las jóvenes á quienes sus madres obligan á casarse con matusalenes! Pero, no te amilanes, pobre paloma. Aún vive Enrique, y no permitirá te sacrifiquen impunemente.

DOLORES. Así lo espero, Enrique. Mas ¿está enterado tu tio de nuestras relaciones?

ENRIQUE. No sabe una palabra de cierto; pero, gracias á don Cosme, sospecha algo.

DOLORES. Pues yo creo, que si tú se las confesáras franca-

mente, quizás conseguiríamos nuestros deseos. Tu tio es hombre de razon, y yo sé que te quiere bien.

ENRIQUE. ¡Ay, querida Dolores! ¡Tú no sabes lo que es un viejo enamorado! Sin embargo, le hablaré; mas si despues no sucede lo que tú esperas; si mi tio, desconociendo la razon, la edad y otras muchas cosas, persiste en su manía, ¡que tiemble, porque...!

ESCENA IV.

DICHOS, y D. SIMPLICIO de bata y gorro.

SIMPL. ¡Tunante! ¿qué amenazas son esas contra tu tio? ¡Ahora lo verás! *(Coge una silla.)*

DOLORES. ¡Dios mio! ¡D. Simplicio! *(Váse corriendo.)*

ESCENA V.

D. SIMPLICIO y ENRIQUE.

ENRIQUE. Poco á poco, tio. Tenga V. calma.

SIMPL. ¿Qué hablabas con esa señorita?

ENRIQUE. *(Tomando una silla y sentándose.)* Siéntese V., tio, y hablemos sériamente, que á los dos nos interesa. *(Con gravedad.)*

SIMPL. ¡Qué descaro! *(Sentándose.)* Te oiré, pero sé breve. *(En toda esta escena se sentarán y levantarán, segun lo requiera el diálogo, hasta el fin.)*

ENRIQUE. Yo amaba á Dolores ántes que V., yo la amo á par de V.; yo la amaré despues de V.

SIMP. ¿Y es á mí á quien se lo cuentas?

ENRIQUE. ¿A quién mejor? Más vale que sepa V. la verdad, ántes de casarse.

SIMPL. Es cierto: prosigue.

ENRIQUE. Cuando esta mañana llegué á Cadiz lo ignoraba todo; mas no faltó quien me lo contára.

SIMPL. ¡Hay lenguas muy largas en este mundo!

ENRIQUE. Cuando tan fatal nueva llegó á mi oido, me estremecí. Yo no habia comprendido nunca, que pudiera desearse la muerte de un buen tio; mas entónces lo comprendí.

SIMPL. ¿Qué dices, badulaque?

ENRIQUE. La verdad. Solicitando V. la mano de Dolores, dejaba de ser mi tio, para convertirse en mi rival. Entónces empecé á acariciar la idéa de un duelo entre nosotros á.... cañon, ú otra cosa más gorda.

SIMPL. ¿Y te hubieras atrevido á derramar la sangre del hermano de tu padre?

ENRIQUE. Eso me contuvo y le perdoné á V. la vida; porque seguramente yo le hubiera matado.

SIMPL. ¡Muchas gracias! *(Despechado.)*

ENRIQUE. Pero la cosa no podia quedarse así. Quizás, me dije, cuando mi tio sepa que Dolores y yo nos amamos, desistirá de su empeño, para no hacer infelices á dos séres que le aman y respetan.

SIMPL. Pues te equivocastes.

ENRIQUE. *(Ap.)* Yá lo sabia. *(Alto.)* Mas reflexioné que es V. muy egoista y que no se sacrificaria por el bien de su sobrino.

SIMPL. No es por eso, deslenguado, no es por eso. Estoy seguro que si te casáras con esa muchacha la harias muy desgraciada.

ENRIQUE. ¿Y V. no?

SIMPL. Así, al ménos lo asegura su madre.

ENRIQUE. ¡Su madre! Esa era otra de mis reflexiones. ¿Por qué prefiere D.ª Rosa para su hija, en lugar de un hombre jóven, bien hecho y guapo como yo, á mi tio, viejo, feo, lleno de alifafes...?

SIMPL. Suspende tus reflexiones, sobrino. *(Incómodo.)*

ENRIQUE. Porque es rico, me contesté. ¡Luego todo consiste en ser rico! Pues á serlo, me dije.

SIMPL. ¿Y lo eres yá?

ENRIQUE. ¡Que si lo soy! Tiente V. aquí, tio. *(Señala el chaleco.)*

SIMPL. Anda que te tiente el diablo.

ENRIQUE. Mire V. cuánto oro. *(Sacíndolo del bolsillo.)*

SIMPL. ¡A ver! ¡Tú has robado eso, sobrino! ¡Tú eres incapaz de ganar honradamente tanto dinero!

ENRIQUE. ¿Qué se atreve V. á decir contra el hijo de su hermano? Esto lo he ganado honradamente y sin trampas.

SIMPL. ¿Sin trampas? Explícate, galopin.

ENRIQUE. Tio, todo se lo debo á ella!

SIMPL. ¿Y quién es ella, botarate?

ENRIQUE. Si V. la hubiera visto, ¡qué hermosa estaba sobre el tapete verde!

SIMPL. ¿Pero quién, desgraciado?

ENRIQUE. Ella, tio, ella. La sota de bastos. La hoja más bien escrita del libro de las cuarenta.

SIMPL. ¿Conque juegas todavia? ¿Y á eso llamas ganar el dinero honradamente? Eso es poco ménos que robarlo.

ENRIQUE. ¿Qué se atreve V. á decir, tio? ¿Así condena V. una ocupacion tan inocente? ¿Qué dirian tantos titulos, militares y hombres ilustres, sacerdotes de ese templo de la Fortuna, si le oyeran á V.?

SIMPL. ¿Y qué se me importa á mi la opinion de todos

esos que dices, tan botarates como tú? ¡Á cuántos no habrá hecho desgraciados la falta de ese dinero, que por tan malos medios has adquirido!

ENRIQUE. ¿Y por eso condena V. el juego? ¿Qué otra cosa intenta V. con su boda, más que hacernos infelices á Dolores y á mí?

SIMPL. Toda comparacion es odiosa, sobrino.

ENRIQUE. Pues bien, sea lo que V. quiera; yo le juro solemnemente abandonar el juego, si me cede la mano de esa inocente niña.

SIMPL. No te verás en esa, Enriquito.

ENRIQUE. Tio, no sea V. pertinaz. En este momento veo á la desgracia, tendiendo sus negras alas sobre V. Su fortuna, su vida, sus afecciones y su crédito, están amenazados de muerte. *(Dejando los dos las sillas.)*

SIMPL. Cáseme yo con Dolores, y despues, venga lo que venga, todo me es igual.

ENRIQUE. Pues bien, tio; adios. Si mañana le sucede á V. una desgracia, no culpe á nadie; V. se ha buscado el mal por su propia mano.

SIMPL. Pero ¿qué intentas, sobrino?

ENRIQUE. Adios, vuelvo á decir. Me ve V. por última vez, á ménos que no varíe de modo de pensar, sobre la felicidad de su sobrino. *(Ap.)* Ahora la carta. *(Váse fondo.)*

ESCENA VI.

D. SIMPLICIO.

(Queriendo detenerle.) Escucha, hombre, escucha. Nada, allá vá como un condenado. ¿Qué desgracias serán las que dice me amenazan? Como no sea la letra. ¡Qué bien me vendria para pagarla, el dinero que tiene ese tunante! ¿Y no es raro el capricho que le ha dado, de que le ceda á Dolores? ¡Pero mire V. si era lo que yo decia, de que la niña tenía una pasion! ¿Qué dirá ahora D.ª Rosa? Y, por lo visto, la niña no tiene un solo amante, sino dos. Mi sobrino y el que me dijo ántes D. Cosme; aunque bien pueden ser los dos uno mismo. ¡Ah juventud, juventud! Estoy deseando echarle la vista encima á D.ª Rosa, á ver qué me contesta ahora. Pero aquí viene. En mentando al ruin de Roma....

ESCENA VII.

DICHO, y D.ª ROSA en traje de casa, pero elegante.

ROSA. ¿No ha venido todavía D. Cosme, amigo mio?

SIMPL. Nó, señora, y me alegro, pues tenemos que hablar.

ROSA. ¿Qué tiene V. que decirme?

SIMPL. Que al fin se realizaron mis temores, D.ª Rosa. ¡Su hija de V. ama á otro!

ROSA. Yá lo sabía, Sr. D. Simplicio.

SIMPL. ¿Y me lo dice V. con tanta frescura, señora?

ROSA. ¿Con frescura? Porque yá se me ha pasado el mal humor. ¡Pero si viera V. la que le armé á mi hija cuando lo supe!

SIMPL. Todo ruido. Más valia que, en lugar de armarle nada á la muchacha, la vigilase para que yo no me la encontrára de manos á boca en dulce plática con mi sobrinito.

ROSA. Oiga V., Sr. D. Simplicio, yo no necesito que nadie me enseñe mi obligacion, ¿está V.? Yo vigilo á mi hija lo suficiente para que no dé un mal paso. En lo demás nadie tiene que meterse.

SIMPL. Se equivoca V., señora, Yo voy á ser su marido, y tengo derecho para exigir que á la que ha de llevar mi apellido no se la deje sola y en tiernos coloquios con personas de tan sospechosa conducta como Enrique.

ROSA. Pues ponga V. á su sobrino donde no pueda ver á mi hija.

SIMPL. ¿Piensa V. que es tan fácil encerrar á un hombre como á una niña?

ROSA. ¡Oiga! ¿Pretende V. acaso que yo encierre á mi hija? Pues nó señor. Lugar tiene la pobrecita de ser esclava cuando se case con V. ¡Pues no faltaba más!

SIMPL. ¡D.ª Rosa, no desbarre V.!

ROSA. Quien está desbarrando es V. ¡Pues no quiere que encierre á mi hija! ¡Pobrecita! ¡Ni que estuviera loca! Digo: si así quiere tratarla de novio, ¿qué será cuando llegue á ser su marido?

SIMPL. ¡Señora, óigame V.! Yo no quiero que encierre V. á su hija, sino que la vigile y no la deje hablar con el primero que llegue. Por lo demás, si V. cree que vá á ser desgraciada casándola conmigo, que se quede soltera y en paz.

ROSA. Eso es; ¿despues que V. la ha comprometido con sus públicos galanteos, ahora quiere dejarla plantada?

SIMPL. Más la ha comprometido V. dejándola á solas con mi sobrino, sabiendo que ámbos se aman.

ROSA. ¿Qué quiere V. dar á entender con esas palabras? ¿Piensa V. que yo no comprendo su intencion? ¡Mi hija es incapaz de resbalarse en lo más mínimo!

SIMPL. ¡Pero, D.ª Rosa...!

ROSA. No hay peros que valgan. ¡Pobre niña mia, y qué mal piensa de tí este hombre! ¡Bien haces en mirarle con malos ojos!

SIMPL. Como que los buenos los guarda para mi sobrino.

ROSA. ¡Y que tenga yo que sufrir esto! ¡Cómo se conoce que nos ve V. á dos señoras solas! ¡Ay! Si mi marido viviera, puede que no lo contára V. por gracia.

SIMPL. ¡Señora, no incomode á V. á los difuntos, y óigame V.!

ROSA. ¡No escucho nada! ¡Bien sabia yo, cuando me quedé viuda, lo mucho que me habia de hacer falta mi marido! ¡Si él viviera, yá hubiera V. pagado con su vida lo que ha dicho!

SIMPL. Pues mire V., entónces más vale que se haya muerto.

ROSA. No crea V. que por eso ha de faltar quien defienda á mi hija.

SIMPL. Sí; algun novio.

ROSA. ¡Dios mio! á este hombre es preciso matarle ó dejarle. Me voy, porque no quiero irritarme ántes de comer. Está V. con los novios, monomaniaco. *(Váse fondo.)*

ESCENA VIII.

D. SIMPLICIO.

¡Monomaniaco! Espere V., D.ª Rosa; explíqueme usted ántes lo que significa esa palabra. Yá se fué. ¡Digo cómo se ha puesto porque le he dado un buen consejo! Como hable algo con esa mujer, he de salir de malas. Pero yo tengo la culpa. ¿Quién me manda á mí meterme en casorios á mi edad? ¡Mal haya sea hasta el dia que yo pensé en semejante matrimonio!

ESCENA IX.

DICHO y D. COSME.

COSME. ¿Matrimonio dijo V.? ¡Hermosa palabra! ¿Por dónde quiere V. que se la defina?

SIMPL. *(Paseándose.)* ¡Por el demonio!

COSME. ¡Ave María Purísima! ¿Qué tiene V.?

SIMPL. Dispénseme V., amigo mio; esa mujer me ha sacado de mis casillas.

COSME. Pues ¿qué ha pasado?

SIMPL. Una friolera. ¡Porque le he aconsejado guarde más á su hija de lo que lo hace, me ha puesto de ropa de pascuas!

COSME. Siempre es una indiscrecion, dar consejos al que no los pide. Aquí se extralimitó V., Sr. D. Simplicio.

SIMPL. Pero no tanto, como para que me haya llamado monomaniaco. ¡Esta palabra me carga!

COSME. ¿Y por qué, amigo mio?

SIMPL. Porque no sé lo que significa. Apropósito; V. que se muere por definir todas las palabras, ¿no podrá V. decirme lo que ésta significa?

COSME. Al momento, Sr. D. Simplicio, ¡si es mi fuerte! Mo-no-ma-nía. ¡Hombre, pues si es lo más fácil! Monomanía, tanto quiere decir, como manía de mono.

SIMPL. ¿Está V. seguro?

COSME. Segurísimo. Es lo mismo que si le hubiera dicho á V. que tenía cosas de mono.

SIMPL. ¡Ah D. Rosa, D.ª Rosa! ¿Conque yo tengo cosas de mono? Corriente. Yá nos verémos.

COSME. Cuidado con hacer alguna barbaridad.

SIMPL. Descuide V., D. Cosme; estoy muy sobre mí.

COSME. Lo creo. *(Saca la carta y se la pasa várias veces á D. Simplicio por los ojos.)* Sin embargo, reflexione V. ántes de tomar una resolucion, no sea que le pese luégo.

SIMPL. En efecto, amigo mio, reflexionemos. Pero ¿qué diablos de papelucho es ese que me está V. pasando por los ojos?

COSME. ¿Éste? Una carta, Sr. D. Simplicio.

SIMPL. Démela V., si es para mí. *(Alarga la mano.)*

COSME. Respete V. la correspondencia privada; no es para V. *(Desviándolo.)*

SIMPL. ¿Pues para quién es, entónces?

COSME. Es para la señorita Dolores.

SIMP. Es lo mismo que si fuera para mí, que soy su presunto marido. *(Alarga la mano.)*

COSME. *(Desviándolo.)* Pero todavía no lo es V. Además, me encargaron la entregára en propia mano.

SIMPL. ¿Entónces conoce V. al autor de ella?

COSME. Nó, señor; me la entregó uno que entró en el despacho sin anunciarse.

SIMPL. *(Ap.)* ¿Qué nuevo lio de la niña será este? Tengo curiosidad por saber.... *(Alto.)* Déme V. esa carta, D. Cosme.

COSME. Yo no puedo faltar á la confianza que han depositado en mí. *(Enseñando la carta.)*

SIMPL. *(Cogiendo la carta.)* Yo le mando á V., como su superior, que me la entregue.

COSME. *(Ap.)* Se clavó. *(Alto.)* Conste que he cedido á la fuerza y á la obediencia.

SIMPL. No tema V. nada. Dándome la carta no ha hecho más que cumplir con su deber.

COSME. Así lo creo, Sr. D. Simplicio.

SIMPL. Veamos quién le escribe á Dolores. *(Abre la carta.)*

COSME. *(Ap.)* Aquí vá á ser ella.

SIMPL. *(Lee aparte.)* «Querida Dolores: he sabido que quie»ren hacerte infeliz, casándote á la fuerza con un »hombre á quien aborreces. Para librarte de tal des»gracia, he resuelto quitar del mundo á tu futuro »tirano. Desde hoy encontrará ese hombre, en cuanto »coma y beba, un mortífero veneno, que terminará »su existencia en pocas horas y entre agudísimos »dolores.» *(Hablado.)* ¡Dios mio! ¡qué horrible maquinacion!

COSME. *(Ap.)* Yá hace efecto. *(Alto.)* ¿Se ha puesto V. malo, Sr. D. Simplicio? ¿Quiere V. una poca de agua?

SIMPL. *(Muy asustado.)* Nó, nó, amigo mio; no necesito nada. *(Continúa leyendo.)* «Además, desde el mo»mento que ponga los piés en la calle, un agudo »puñal se clavará en su corazon. Tuyo como siem»pre—Un amante desesperado.» *(Arrugando la carta y hablado.)* ¡Y son tres amantes con éste! ¡Jesus me valga! ¿Que vá á ser de mí sin poder salir de mi casa? *(Paseándose.)*

COSME. Pero ¿qué tiene V. que está tan agitado? ¡Se le ha puesto á V. la cara de color de azufre!

SIMPL. Es posible. Me dió un ligero mareo, pero yá pasó. Me siento muy bueno.

COSME. Entónces me retiro á mi despacho. Yo venía únicamente á entregar esa carta. V. me hará el favor de que llegue á su destino.

SIMPL. Sí, sí, D. Cosme; puede V. retirarse. Yá llegará esta carta á donde debe. Vaya V. descuidado. *(Váse D. Cosme.)*

ESCENA X.

D. SIMPLICIO.

Sí; á la policía es á quien voy á entregársela. *(Paseándose agitado hasta que se retira.)* Pero ¿cómo, si no puedo salir á la calle? Y ¿qué va á ser de mí si no como? ¡Dios mio, qué de tormentos me esperan! Y todo ¿por qué? Porque tengo un corazon sen-

sible. ¡Ay Dolores, Dolores! ¡Si supieras á lo que estoy expuesto por quererte! ¡Sin comer ni beber, me voy á quedar extenuado completamente y como un alfiler! ¡Bonito papel haré la noche de novios, flaco y debilitado! Quisiera tener delante al autor de la cartita; puede que se acordára de mí. Bien pensado, todo puede ser una broma; pero ¿quién se atreve á tomar nada en esta incertidumbre?

ESCENA XI.

DICHO, D.ª ROSA y DOLORES, en trage elegante de casa.

ROSA. Sr. D. Simplicio, mire V. que se está enfriando la comida.

SIMPL. ¿Quién habla aquí de comer? ¡Hoy no come nadie en esta casa! ¿Quiere V. que me cueste la vida?

ROSA. ¿Qué está V. diciendo, amigo mio?

DOLORES. Pero ¿por qué no quiere V. comer?

SIMPL. Porque no tengo ganas de comer, ni de beber, ni de nada. ¿Me oye V. bien?

ROSA. Demasiado; ¡pues si dá V. unos gritos!

SIMPL. Yo hablo á mi gusto; como me dá la gana. Para eso estoy en mi casa.

ROSA. Yá lo sé, Sr. D. Simplicio, yá lo sé.

SIMPL. ¡Ay, Dolorcita! ¡Si supiera lo que estoy pasando por V.!

DOLORES. Pero ¿qué es ello?

SIMPL. Deje V. que me vea convertido en fideo por la dieta; ¡verá V. qué hermosa estampa tengo! *(Muy lastimero.)*

ROSA. *(Ap.)* ¡Dios mio! ¡qué disparates dice! ¡Este hombre se ha vuelto loco! *(Á su hija.)* No te arrimes á él, hija, que ha perdido la cabeza.

DOLORES. *(Ap. á su madre.)* Con eso no me obligará V. á casarme con un loco.

SIMPL. Una horrible maquinacion se ha tramado contra mí. ¡Quieren matarme por consuncion! *(Muy afligido.)*

ROSA. Pues coma V. bien y no lo lograrán.

SIMPL. ¡No me hable V. de comer, D.ª Rosa, ó pensaré que tiene V. parte en el ajo!

ESCENA XII.

DICHOS Y D. COSME.

COSME. Sr. D. Simplicio, han venido á avisar que mañana sin falta cobrarán la letra.

SIMPL. Bien, ¿y qué?

COSME. Que es necesario salga V. á la calle, á fin de buscar fondos para pagarla, y evitarse un protesto.

SIMPL. ¿Que yo salga á la calle? ¿Quiere V. que me atraviesen de una puñalada?

COSME. ¿Qué está V. diciendo? *(Á D.ª Rosa.)* Señora, ¿puede V. explicarme lo que pasa?

ROSA. Nada puedo decirle á V., amigo mio.

COSME. Vamos, Sr. D. Simplicio, déjese V. de niñerías. Comerémos ántes, y despues saldrá V.

SIMPL. ¡Dios mio! Todos se conjuran contra mí para matarme, pero no lo lograrán. ¡Afuera asesinos! ¡Ni como, ni bebo, ni salgo de casa! *(Separándolos á todos y dirigiéndose á su cuarto, que cierra al entrar.)* Y V., señorita, *(A Dolores)* prepárese á recibir por marido á una hebra de seda. *(Váse.)*

ESCENA XIII.

D.ª ROSA, D. COSME y DOLORES.

ROSA. ¡Pobre señor! ¡Se ha vuelto completamente loco!

COSME. Desde que intentó casarse lo dije: D. Simplicio no está bueno de la cabeza.

DOLORES. ¡Pobre D. Simplicio!

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

La misma decoracion de los actos anteriores.

ESCENA PRIMERA.

D.ª ROSA y D. COSME.

ROSA. ¿Podrá V. decirme, amigo mio; V. que há tanto tiempo conoce al Sr. D. Simplicio, de qué le ha provenido ese ataque de locura? ¡Cuidado con no querer tomar bocado!

COSME. Nada puedo decirle á V., señora. Nunca le he conocido padecimiento alguno de cabeza, ántes bien la ha tenido siempre tan fuerte, que se ha pasado muchos dias sus doce horas sobre los libros de caja.

ROSA. No comprendo entónces la causa de su enfermedad. Aquí hay algun misterio que nosotros no comprendemos.

COSME. Así será, D.ª Rosa.

ROSA. Nó, pues ello es preciso averiguar el motivo. Don Simplicio está para casarse con Dolores, y es un deber para toda buena madre enterarse del porvenir que le aguarda á su hija.

COSME. Eso me parece muy puesto en razon.

ROSA. Dígame V., D. Cosme, ¿sabe V. si su principal ha tenido algun deliz en sus buenos tiempos?

COSME. Quitando una vez que cargó demasiado la mano en géneros de contrabando, y se los decomisaron, no le he conocido ninguno. Entónces le costó bien el dinero componer la cosa.

ROSA. No hablo de eso. Quiero decir, que si no le ha conocido V. alguna tracamundana con mujeres?

COSME. ¿Tracamundana? Me ocuparé de esa palabra en otra ocasion. Pero no divaguemos. D. Simplicio, señora, ha sido siempre un hombre sumamente casto, extremadamente pulcro.

ROSA. Lo creo; pero V. comprende que el estado de ese buen señor es muy especial, para que no se tomen noticias de sus antecedentes.

COSME. Y ¿qué tiene que ver lo pasado con lo presente?

ROSA. ¡Y tanto, D. Cosme! ¿Qué sabemos si alguna persona que se creyera con derecho á sus bienes...?

COSME. *(Ap.)* Cerca le andas!

ROSA. Viendo que todo lo pierde si se casa, le habrá dado algun bebedizo, para impedirle contraer matrimonio?

COSME. ¿Bebedizo dijo V.? Otra hermosa palabra. ¡Qué feliz está V. hoy D.ª Rosa! Pero volvamos á la cuestion. En este mundo nadie tiene derecho á los bienes de D. Simplicio más que su sobrino, y ese es incapaz....

ROSA. ¿Qué sabemos, amigo mio?

COSME. ¡Disparate, señora, disparate! Á Enrique lo he criado yo, y respondo de él.

ROSA. Eso es otra cosa; entónces no tenemos nada más que hablar.

COSME. Así lo creo, D.ª Rosa. *(Ap.)* ¡Demonio de mujer y cómo indaga!

ROSA. ¿Por qué no trata V. de convencer á D. Simplicio, á que deje esa dieta que se ha impuesto? Desde ayer no come nada.

COSME. ¿Y quiere V. que yo...? ¡Pues sí esta mañana no hice más que indicárselo y por poco no me rompe la cabeza!

ROSA. Como que le ha dado la locura por decir que lo quieren matar! Yo creo que si tomára alguna cosa que le fortaleciera el estómago, se habia de aliviar mucho.

COSME. Y más él que siempre ha sido aficionado á la buena mesa. ¿Por qué no le habla V.? Quizás conseguiria más que yo.

ROSA. Haré la prueba, annque nada espero. No está muy bien conmigo desde la reyerta de ayer.

COSME. No importa. Como tiene ahora la cabeza trastornada, no se acordará de ello.

ROSA. Es posible.

COSME. Y tanto. Ofrézcale V. alguna cosita suculenta que le excite el apetito, aunque no debe ser flojo el que tenga.

ROSA. No me parece mal pensado. Voy á mandarle preparar alguna cosa, por si consigo hacerle que coma.

COSME. Sí, vaya V. ántes que salga de su cuarto.

ROSA. Voy en el acto. No se retire V. mucho de aquí, don Cosme, que no quiero tener la entrevista á solas con él; ¡me dá miedo su locura! *(Váse fondo.)*

ESCENA II.

D. COSME Y ENRIQUE.

ENRIQUE. Estaba esperando que se fuera D.ª Rosa para hablar con usted.

COSME. ¿De modo que habrás oido toda nuestra conversacion?

ENRIQUE. Sin perder una sílaba. En nada ha estado que no diera con la causa de la locura de mi tio.

COSME. Las mujeres, Enriquito, tienen doble vista. No te fies de ninguna. Dicen que el diablo las tienta siete veces al dia; pero yo creo que en todo él las deja de su mano. Como D.ª Rosa se empeñe en profundizar este asunto, no dudes que se saldrá con su objeto.

ENRIQUE. Yá verémos el modo de desorientarla; pero ¿cómo está mi tio?

COSME. Desesperado y hambriento, pero firme en su propósito de casarse.

ENRIQUE. El hambre y el miedo le harán ceder.

COSME. Lo que yo estoy temiendo es la presentacion de la letra.

ENRIQUE. No tema V. nada por ese lado, D. Cosme.

COSME. Y si con la dieta se le acarrea una enfermedad ¿qué nos hacemos?

ENRIQUE. ¿Qué? Mi tio, segun los deseos que tiene de casarse, debe estar muy brioso, y la dieta mitigará esos ardores tan perniciosos á su edad. Lo que siento es no darle un susto tambien á D.ª Rosa. ¡Si yo pudiera escribirle otra cartita!

COSME. ¿Qué demonios pusistes en la de tu tio, que así le ha trastornado?

ENRIQUE. Cosa corta. Que trataban de envenenarle.

COSME. ¡Vírgen santa! ¡Razon tiene el buen señor en no querer tomar bocado!

ENRIQUE. Pues si no hubiera sido por eso, no conseguíamos nada. Pero vamos á prepararnos para dar el último golpe. Oiga V. lo que tiene que hacer, para terminar este asunto cuanto ántes.

COSME. No me digas aquí nada, que tu tio está en su cuarto y D.ª Rosa no puede tardar en volver, y si nos oye alguno, adios proyecto.

ENRIQUE. Pues vámonos al despacho. *(Vánse.)*

ESCENA III.

D. SIMPLICIO.

(Sale mirando á todos lados, receloso y triste.) Desde ayer por la mañana no tomo ni agua. Y ¿cómo atreverme á hacerlo, si el tósigo fatal me espera en todas partes? ¿Quién me habia de decir que con tanto dinero me habia de morir de hambre? ¿Quién será ese amante oculto que atenta contra mi vida, para que no me case con Dolores? ¡Y yá son tres con éste! Por lo visto, la niña tiene relaciones con todos los que conoce. Aviado estoy si me caso con una señorita de tan blando corazon. Pero ¡qué hambre tengo! Esta situacion, igual al martirio de Tántalo, no puede prolongarse mucho. ¡Y qué noche, santo Dios! A cada momento se me presentaban á la vista jamones en dulce, pavos trufados, é infinidad de cosas suculentas y apetitosas, que así que alargaba la mano para tomarlas, se convertian en cardenillo. ¡Voto al chápiro valillo! ¿A que envio la boda al diablo, á fin de poder comer? ¡Pues no digo nada, cuando me presenten la letra y no la pague por no haber podido salir á buscar fondos! ¡Voto al Demonio! ¡Yá empiezan á cumplirse las predicciones de mi sobrino!

ESCENA IV.

DICHO y D.ª ROSA.

ROSA. ¡Sr. D. Simplicio!

SIMPL. *(Azorado.)* ¿Eh? ¿quién anda ahí? ¡Yá! ¿es V., doña Rosa?

ROSA. Sí, amigo mio; vengo á ver si puedo hacer por usted alguna cosa que mitigue sus padecimientos.

SIMPL. Nada, buena amiga, nada. ¡Si viera V. qué hambre tengo! Me la comeria á V., si fuera posible que estuviese tierna una suegra.

ROSA. ¡Jesus! ¿En qué le he ofendido á V. para que quiera triturarme? *(Retrocediendo.)*

SIMPL. No tema V. nada, D.ª Rosa. No es más que una suposicion, para que comprenda V. el hambre que tengo.

ROSA. ¿Y por qué no toma V. alguna cosita?

SIMPL. Bien quisiera, D.ª Rosa, pero no me atrevo. ¡Demasiado lo siento, pues lo necesito!

ROSA. *(Ap. mirándole.)* ¡Pobrecillo! Aún no le ha pasado el ataque.

SIMPL. ¿Por qué me mira V. así?

ROSA. Por nada, amigo mio; estaba considerando el extrago que el hambre vá haciendo en V. Yo estoy segura que si tomase alguna cosa se habia de aliviar mucho de la cabeza.

SIMPL. Y ¿quién le ha dicho á V. que yo padezca de la cabeza?

ROSA. Como le ha dado á V. por no comer, creimos todos que....

SIMPL. Que estaba loco, ¿no es así? Motivos tengo para estarlo. ¡Si V. hubiera recibido la carta que yó!

ROSA. ¿Una carta? ¿Y tan grave es lo que en ella le dicen, que hasta la comida ha aborrecido?

SIMPL. ¡Léala V. y juzgue! *(Saca la carta y se la dá.)*

ROSA. *(Haciendo que lee.)* ¡Jesus, Jesus! *(Id.)* ¡Qué picardía! *(Id.)* ¡Atentar contra la vida de un señor tan bueno como V.! *(Se la dá.)*

SIMPL. Yá vé si tengo razon para no querer tomar nada. *(Guarda la carta.)*

ROSA. ¡Y tanta, Sr. D. Simplicio! Pero ¿por qué no dá usted parte á la policía?

SIMP. ¿Para qué? ¿para que me maten más pronto?

ROSA. Al ménos, no quedarian sin castigo los criminales.

SIMPL. ¡Señora, no diga V. disparates! ¿De qué me serviria despues de muerto que castigáran ó nó al asesino?

ROSA. Tambien es verdad eso, amigo mio. Y ¿quién será el autor de esta cartita?

SIMPL. Eso pregúnteselo V. á su hija, puesto que para ella era la carta.

ROSA. ¿Empieza V. yá á tomarla con mi hija? *(Incómoda.)*

SIMPL. ¡No se dispare V., D.ª Rosa!

ROSA. ¡Oiga V., yo no soy escopeta!

SIMPL. ¡Señora, por compasion! ¿Que no he de poder hablar con V. sin tener una cuestion?

ROSA. ¿Y cómo nó, si V. sale siempre por los bancos de Flandes? ¡Yá se vé, como Dios nos ha puesto en esta situacion se cree que puede tratarnos de cualquier modo! Pero Dios que dá la llaga dá la medicina; digo esto, por esa carta qne he leido, pues ella me descubre un protector que yo no conocia.

SIMPL. ¡Buena proteccion puede V. esperar de tal sujeto! No quisiera más que conocer á ese otro amante de la niña.

ROSA. ¿Pues qué, no puede conocer mi hija á ningun hombre, sin que sea con segunda intencion?

SIMPL. A más de decirlo en la carta, no debe presumirse

otra cosa, al ver que la causa por la que quiere envenenarme es por mi casamiento con Dolores.

ROSA. Yá le hé dicho á V. otra vez, que en tratándose de eso, se pone V. monomaniaco.

SIMPL. Sí, recuerdo que me lo dijo V. ayer. ¿De dónde ha sacado V. que yo tengo cosas de mono?

ROSA. ¡Qué mono ni qué calabaza! Lo que está V. haciendo es el oso con tanto celo infundado.

SIMPL. ¡Eso es decirme animal, con política, señora! Pero tiene V. razon; ¡demasiado animal soy cuando quiero casarme á mis años!

ROSA. Pues eso tiene remedio. No se case V.

SIMPL. ¡D.ª Rosa, no me provoque V., que ahora que miro mi casamiento por el prisma del hambre, estoy muy dispuesto á echarlo todo por la ventana! *(Desde aquí ámbos muy sofocados.)*

ROSA. ¡Ni que mi hija perdiera un condado si V. no se casára con ella, segun lo que se extiende!

SIMPL. Si su hija de V. no pierde nada, no sé lo que yo ganaria uniéndome á una niña que á todo el mundo hace frente.

ROSA. ¿Qué se atreve V. á decir? ¿Qué palabras equívocas son esas? ¡Ay, marido mio! ¡Levántate y dále una estocada á este infame, aunque luégo vuelvas á morirte! ¡Pero ahora mismo mi hija y yo abandonarémos esta casa, donde tan mal nos tratan!

SIMPL. ¡Oiga V., D.ª Rosa, tenga V. juicio! ¡Escúcheme V.! *(Se van el uno tras el otro.)*

ESCENA V.

ENRIQUE.

Buenos van mi tio y D.ª Rosa. Floja jarana han armado. Me parece que puedo cantar victoria. No se ha adelantado poco con esta riña, que no estaba en mi cálculo. Á estas horas se odian de todo corazon el yerno y la suegra. Con eso y con lo que espero del golpe de gracia, me parece resuelta la cuestion. ¡Qué feliz ocurrencia fué darle un vistazo á la sota! Allí fué donde concebí el plan de ataque y dinero para realizarle. Es verdad que D. Cosme no me há ayudado poco con su idea de la carta.

ESCENA VI.

DICHO y D. COSME.

COSME. ¿Qué tenemos, Enrique? ¿Y tu tio y D.ª Rosa?

ENRIQUE. Ahora mismo han salido de aquí, el uno tras el otro, dados al diablo.

COSME. ¡Bravo, niño! Te pintas solo para armar escándalos.

ENRIQUE. Pues lo que es en este no he tenido yo parte. Ha sido hijo solamente, del mútuo afecto que se profesan dos personas, desde el momento que saben van á ser suegra y yerno.

COSME. No deja de haber en eso su parte de verdad.

ENRIQUE. Ahora lo que falta es que dé V. el último golpe con acierto; el del sobrinicidio.

COSME. Desde que ántes pronunciaste esa palabra, la estoy estudiando para definírsela con exactitud á tu tio.

ENRIQUE. No se ocupe V. de eso, D. Cosme. Conque V. le haga comprender á mi tio la idea que sabe, es suficiente.

COSME. No me parece que estaria de más; pero, en fin, sea lo que tú quieras. Verás qué dramático estoy.

ENRIQUE. No faltaré á la conferencia, oculto trás de esa puerta. *(La general.)*

COSME. Procura estar pronto, para presentarte en el momento oportuno. ¡Pero alguien viene, ocúltate!

ENRIQUE. Adios, D. Cosme, cuidado con olvidar nada.

COSME. Descuida, que todo saldrá á tu gusto. *(Váse Enrique.)*

ESCENA VII.

D. COSME y D.ª ROSA.

ROSA. ¡Ay, D. Cosme! ¡qué me alegro encontrar á V.! Así tendré con quien desahogarme.

COSME. ¿Qué le pasa á V., señora?

ROSA. ¡V. no sabe cómo me ha puesto ese hombre!

COSME. Era de esperar, D.ª Rosa. Su juicio no está bueno, y así le habrá dicho cien mil disparates.

ROSA. V. sí que no está bueno, si cree que su principal está loco. Lo que tiene es miedo á morirse.

COSME. Eso es muy natural, D.ª Rosa. ¿Quién se muere con gusto en este mundo? Pero no comprendo....

ROSA. No me he explicado bien, D. Cosme; óigame V. Su principal ha recibido un anónimo en que le amenazan con matarle, si persiste en casarse con mi hija.

COSME. ¡Aaah! Yá compréndo. Hombre y ¿quién habrá escrito ese anónimo?

ROSA. ¡D. Cosme, no sea V. lila! Si se supiera quién lo habia escrito, dejaria de ser anónimo.

COSME. Tiene V. razon. No echaré en saco roto lo que usted me ha dicho, pues viene de molde para la obrilla que estoy escribiendo.

ROSA. No es mala obra la que me ha hecho el anónimo. ¿Quiere V. creer, que me ha dicho D. Simplicio que yo tengo la culpa de todo lo que le sucede, por consentir en su boda con mi hija? ¡Qué hubiera dicho, si me hubiera opuesto á ella!

COSME. Yo no sé lo que hubiera dicho en ese caso; pero en el presente, afirmo que tiene razon.

ROSA. ¡Cómo, Sr. mio! ¿V. tambien apoya la sinrazon de D. Simplicio?

COSME. Nó, señora; pero sí digo: que se le está á V. bien empleado todo lo que le pasa, por el capricho de querer casar á su hija con D. Simplicio.

ROSA. ¿Pues qué queria V. que hiciera? Ese caballero, es el primer partido ventajoso que se le presenta á mi hija.

COSME. ¿Partido ventajoso llama V. á un hombre de esa edad? ¡Buen partido nos dé Dios! ¿Y su sobrino Enrique, no es nadie?

ROSA. Muy poco, D. Cosme. En cuanto á edad y á presencia, pase; pero en cuanto á posicion social *(Haciendo señal de dinero.)* no vale un pito.

COSME. ¿Y tanta prisa tenía V. de casar á su hija, que aún es una niña, que no podia esperar otra colocacion? Pues sepa V., D.ª Rosa, que ha juzgado muy ligeramente la posicion de Enriquito. D. Simplicio tiene hecho testamento á su favor, del que yo fuí testigo, y únicamente en el lejano caso de que tuviera sucesion perderia el sobrino los millones del tio.

ROSA. ¡Que no lo hubiera yo sabido ántes, para no separar á dos muchachos que tanto se quieren! ¡Pero yá no tiene remedio!

COSME. Sí, señora, que lo tiene, si V. no se opone.

ROSA. ¿Cómo habia yo de oponerme á hacer la felicidad de mi hija, D. Cosme?

COSME. Pues entónces, yo le prometo á V. que ántes de la noche D. Simplicio renuncia la mano de Dolorcita.

ROSA. Dios le oiga á V.! Desde que conozco á fondo el carácter de D. Simplicio, creo que mi hija no ha de ser feliz con él!

COSME. ¡Muy desgraciada que sería! ¡Pobrecita niña! Tan

guapa, tan amable.... Vamos, si ha sido una locura pensar en ese matrimonio.

ROSA. ¡Y más, no pudiéndolo ver mi hija! Nada, lo dicho; haga V. de modo que D. Simplicio se vuelva atrás.

COSME. Confíe V. en mí, que estoy interesado en ello.

ROSA. Pero mire V., D. Cosme, trate V. de enterarse ántes, si D. Simplicio no ha roto el testamento que dice.

COSME. En todo caso, haria otro.

ROSA. Pues en V. confío, D. Cosme. *(Váse á su cuarto.)*

ESCENA VIII.

D. COSME.

¡Con qué facilidad se les hace ver á las mujeres lo que se desea! Todo consiste en lo aficionadas que son á la novedad. Ayer era su ídolo D. Simplicio; hoy lo es Enrique; ¿quién lo será mañana? ¡Oh mujeres, mujeres, y qué bien he hecho en no casarme!

ESCENA IX.

D. COSME Y D. SIMPLICIO.

SIMPL. *(Ap.)* Cada vez estoy más muerto de hambre y más arrepentido de mis ganas de casarme. *(Alto.)* Hola, D. Cosme, ¿qué se le ofrece á V.?

COSME. *(Ap.)* Aquí de todo mi talento. *(Alto.)* Un penoso deber, Sr. D. Simplicio, me trae á su presencia!

SIMPL. ¿Han traido yá la letra al cobro?

COSME. Sí, señor; y con órden de protestarla, si en el acto no se le abona.

SIMPL. ¿Y qué nos hacemos ahora? Yo no tengo un cuarto.

COSME. Pues es necesario que salga en el acto á buscar los fondos suficientes para pagarla.

SIMPL. ¿Que salga yo á la calle? Aun cuando me amenazára una quiebra que me dejára sin tener que comer, no lo haria.

COSME. Entónces dé V. por perdido su crédito. ¡Y si fuera eso sólo!

SIMPL. Pues ¿qué nueva desgracia me amenaza? Hable usted, D. Cosme.

COSME. ¡Ay, Sr. D. Simplicio! ¡Tengo atravesada aquí *(En el cuello.)* una palabra grande, magnífica, pero que no me permiten se la defina!

SIMPL. ¡V. ha almorzado más que yo, D. Cosme! ¿Cree usted que mi situacion es la más oportuna para definiciones?

COSME. ¡Ojala todo lo que yo tuviera que decirle fuera una definicion; pero es mucho más grave!

SIMPL. Me pone V. en cuidado. ¿Qué es ello?

COSME. ¡Enrique! ¡Mi pobre Enrique! ¡Mi querido Enrique...!

SIMPL. ¿Quiere V. acabar de reventar? ¿Qué le pasa á ese calavera?

COSME. Gracias por el buen deseo; pero ¿tendrá V. valor para saberlo?

SIMPL. Hombre, si no sé de lo que se trata, ¿cómo quiere V. que le diga si...?

COSME. Es que si lo digo, no puedo volverlo á recojer para que V. no lo oiga.

SIMPL. ¿Quiere V. acabar de darme el susto?

COSME. Allá voy. Viendo su sobrino que V. no desiste del ridículo proyecto de casarse á su edad....

SIMPL. A un lado las apreciaciones, D. Cosme.

COSME. Ha resuelto poner fin á su existencia, de una manera desastrosa.

SIMPL. ¿Es verdad lo que V. dice?

COSME. Sí, señor. Enrique ha decidido terminar su vida haciendo cabriolas, pendiente de una viga de su cuarto.

SIMP. ¡Pero eso es imposible!

COSME. Se equivoca V., es lo más hacedero. ¡Locuras de la juventud, Sr. D. Simplicio! ¡á nuestra edad no se piensa en eso!

SIMPL. ¡Dios mio! ¿Y cómo evitar esa desgracia?

COSME. ¡Qué cuadro tan lastimoso, ver á ese gallardo jóven balancearse en los aires, por culpa de su tio!

SIMPL. ¿Por mi culpa? *(Paseándose agitado hasta el fin.)*

COSME. ¡Deje V. que en la tenebrosa noche, cuando entre los silbidos del violento huracan, que azota las ventanas de su alcoba, oiga un prolongado y penetrante gemido *¡aaay!*, y abra los ojos, y vea á su sobrino lívido, frio, cadavérico...!

SIMPL. ¡Qué cuadro más horroroso!

COSME. Que le dice, fijando en V. una mirada que le helará el corazon: ¡Sobri...ni...ci...da! *(Transicion.)* ¿Quiere V. que le defina esta palabra?

SIMPL. ¿Quiere V. irse al diablo?

COSME. Cuando V. vea que aquel cadáver se arroja de pronto á su lecho y le estrecha entre sus brazos marmóreos, y le besa en la boca, con unos lábios frios como la nieve....

SIMPL. ¡Yo me siento malo, amigo mio!

COSME. Cuando V. oiga en medio de aquellas caricias, una voz sepulcral que le dice: *¡Tio, por su intemperancia en una edad tan avanzada, padezco penas horribles...!* ¿qué le contestará V.?

SIMPL. ¡No lo sé, amigo mio! ¡Cállese V. por Dios!

COSME. ¡Quizás á estas horas, estará el pobrecito meciéndose en los espacios, pendiente de la cuerda!

SIMPL. ¡Corramos, si áun es tiempo de salvarle la vida!

COSME. ¿Y la letra, cuando la paga V.? *(Con calma.)*

SIMPL. ¡Dios mio! ¡no puedo más! ¿quién me sacará de esta situacion?

ESCENA X.

DICHOS y ENRIQUE.

ENRIQUE. *Con el cuello desarreglado y un papel en la mano.)* Yo, tio.

SIMPL. ¡Tú! ¿Pero es verdad que no has muerto? *(Abrazándole.)*

ENRIQUE. *(Desviándole y dramático.)* Yá estaba para espirar, cuando le dije á la muerte: *Espera, que mi tio me necesita;* y aquí estoy.

SIMPL. ¡Pues no le digas á la muerte que se espere, sino que se vaya! ¡Yo no quiero que mueras!

ENRIQUE. Imposible, tio; mi resolucion es irrevocable; necesito morir.

SIMPL. Pero ¿por qué esa resolucion tan desesperada, Enrique?

ENRIQUE. ¿Y V. me lo pregunta? Pues bien, óigame V. Yo amo á Dolores y ella á mí. ¿Qué sería de V. si se casára con ella, bajo semejantes auspicios? Nuestro amor es inmenso, inconmensurable, infinito. Al vernos separados para siempre, por un abismo insuperable, no hubiéramos podido contenernos dentro de los justos límites. ¡Sí, tio, nos hubiéramos extralimitado!

SIMPL. ¡Caracoles! ¿Y no hubieran Vdes. respetado estas canas?

ENRIQUE. ¡Justamente por eso iba á terminar mi existencia! ¿Cómo, me decia, podré yo ofender de una manera tan punzante á un tio á quien tanto quiero? ¡Imposible! ¡Más vale morir!

SIMPL. ¡Qué conducta más generosa! *(Afligido.)*

COSME. ¿Y tiene V. corazon para oir eso, sin enternecerse?

SIMPL. ¡Hombre, pues si estoy más blando que unas mantequillas! *(Lloroso.)*

ENRIQUE. ¡Adios, tio; voy á morir! Abráceme V. por última vez. *(Le abraza.)*

SIMPL. ¡Detente, muchacho; no des un paso tan arriesgado! Quizás todo pueda arreglarse.

ENRIQUE. Nó, tio, mi vida no puede conservarse sino á costa de su felicidad. Terminemos de una vez. Antes de morir he querido dejarle una prueba de mi extremado cariño. Esta letra que comprometia su crédito, la acabo de pagar. Tómela V.

SIMPL. Ese último rasgo me ha partido el corazon. ¡Tuya es Dolores; tuya para siempre!

COSME. *(Ap.)* Al fin se ablandó, pero mercantilmente.

ENRIQUE. ¿Será verdad lo que oigo?

SIMPL. Sí, hijo mio, no es cosa que te cueste la vida un capricho. Además, no has de ser tú más generoso que yo.

ENRIQUE. V. hace mi felicidad, tio. *(Hace lo que dice.)* Abráceme V., y V. D. Cosme, y V.... D.ª Rosa, y tú Dolores. *(Saliendo al mismo tiempo las dos á la escena.)*

ESCENA ÚLTIMA.

DICHOS, D.ª ROSA y DOLORES.

ROSA. Pero ¿qué locuras son estas, D. Enrique? ¿Qué causa hay para tanta alegría? *(Desviándole.)*

ENRIQUE. ¡Señora, que mi tio ha recobrado el juicio! Ya no se casa.

SIMPL. Así es la verdad. Convencido de que mi boda habia de hacer más personas desgraciadas que felices, he renunciado á ella.

COSME. *(Ap. á Rosa.)* He cumplido mi palabra.

ROSA. *(Id. á Cosme.)* ¿Sabe V. si ha roto el testamento?

COSME. *(Id. á Rosa.)* Despacio, D.ª Rosa, cada cosa á su tiempo.

SIMPL. Dolorcita, ¿quiere V. darme esa mano para hacer un regalo?

DOLORES. ¿Y quién aceptará una cosa de tan poco valor?

SIMPL. Conozco yo á un cierto calavera, para quien la tal manecita es un tesoro. *(Se la toma.)*

ROSA. Pero ¿qué facultades tiene V., para disponer así de la mano de mi hija?

COSME. El Sr. D. Simplicio nombra por su heredero á Enrique, si se casa con Dolorcita.

SIMPL. Poco á poco, D. Cosme.

COSME. *(Ap. á Simpl.)* ¿Piensa V. llevarse sus millones al otro mundo, cuando se muera?

SIMPL. ¡No me es posible hacerlo!

COSME. *(Id. á Simpl.)* Pues entónces ¿qué cosa más natural que dejárselo á esos muchachos?

SIMPL. *(Id. á Cosme.)* Tiene V. razon. *(Alto.)* Dicha está por D. Cosme, cuál sea mi voluntad si se hace la boda.

ROSA. Siendo eso así, nada tengo que objetar.

SIMPL. Ven acá, Enriquito. Dame tu mano. *(La une con la de Dolores.)* ¡Dios haga á Vdes. bien casados! Yo bendigo vuestra union.

DOLORES. Su generoso proceder de V. ha ganado mi corazon.

ENRIQUE. Y le asegura para toda su vida, el cariño de dos personas que le deben su felicidad.

COSME. ¿No vale más esto que el remordimiento de haber hecho desgraciadas á dos personas que en nada le habian ofendido?

SIMPL. Es cierto, amigo mio; debo haber estado loco, para haber pensado en casarme. Pero ¿podré yo comer ahora con tranquilidad?

ENRIQUE. Sí, tio; ántes de venir á salvarle á V. me ví á solas con el autor de la carta, y me dijo que nada tenía V. que temer desde el momento que renunciára á casarse.

SIMPL. ¡Gracias á Dios, que yá me veo en paz!

ENRIQUE. Déle V. las gracias á la que me dió el dinero; á la sota de bastos: por ella ha recuperado V. su crédito y yo mi felicidad.

SIMPL. Sí, pero me cuesta una mujer.

COSME. No se apure V., D. Simplicio. Otros por esa misma carta pierden sus bienes, su familia y hasta su alma, y se quedan tan frescos. Además, que no sabemos si ha perdido ó ganado con no casarse con esa señorita. La felicidad en el matrimonio es muy problemática, entre personas de tan opuesta edad.

ROSA. Dejémonos de filosofías y vámonos á comer, que el Sr. D. Simplicio debe estarlo deseando.

ENRIQUE. Antes, permitidme que me despida de estos señores. *(Por el público.)*

COSME. Sí, en nombre de la casa que bajo la respetable razon social de *Sim....*

SIMPL. Déjese V. de eso. Y tú, Enrique, más vale que te despidas de la sota de bastos si has de ser buen padre de familia.

DOLORES. Y que yo no puedo permitir que dividas tu corazon entre tu mujer y esa señora. ¡Me matarian los celos!

ENRIQUE. No temas, esposa mia, que yo te dé celos, no digo con la sota de bastos, pero ni con la misma diosa Vénus. La mujer al casarse deja de existir, consti-

tuyendo una sola individualidad con su marido. Ofenderla entónces es ofenderse á sí mismo. *(Al público.)* Señores: pocos son los hombres que á la edad de mi tio recuperan el juicio, una vez perdido. Su conducta es digna de aplauso.

COSME. *(Primero á Enrique y luégo al público.)* ¿Aplauso digistes? ¡Hermosa palabra! Voy á definirla. Aplauso es el ruido que yo oiria con más gusto en este momento. ¿Me dejarán Vdes. desairado?

FIN DE LA COMEDIA.

OBRAS DEL MISMO AUTOR.

Unos baños sulfurosos, comedia en un acto.
El tutor y la pupila, zarzuela en un acto, música del Maestro *Geoffredi.*
La hija del pescador, zarzuela en tres actos.
Trapisondas por celos, comedia en un acto.
Una noche en un ropero, comedia en tres actos.
La carta, comedia en tres actos.
Las zaleas, apropósito en un acto.
La cabeza parlante, apropósito en un acto.
Un soldado de bailen, comedia en tres actos.
La costurera, comedia en tres actos.
La vuelta al hogar, zarzuela en dos actos.
¡Haga usted favores!, comedia en tres actos.
La evocacion de los espíritus, comedia en un acto.
¡Viva la república!, apropósito en un acto.